

Rose Mary Espinosa



Foto: LETRAS LIBRES / Pablo Cruz

24

horas con Luna

En esta crónica, Rose Mary Espinosa narra un día en la vida del actor Diego Luna, que comenzó en una frenética conferencia de prensa en Morelia y terminó en un partido de futbol en el Ajusco, revelando su cara oculta.

MORELIA, 13:00. ENTREVISTAS PARA MEDIOS LOCALES.

En ajedrez se llama jaque; en tenis, muerte súbita, y en una entrevista que está siendo videograbada se conoce como respuesta inesperada seguida de un silencio incómodo. También se le llama, simplemente, un oso. La reportera del espacio televisivo *Déjate ver* de Morelia se sacude del pasmo con una risa nerviosa. Ya Diego Luna le había advertido que odiaba los juegos de palabras y, no obstante, hace el intento. Lo invita a decir lo primero que venga a su mente tras escuchar la palabra Calderón. “¿De la Barca?”, contesta el actor. Finalmente cede, un poco por compasión, y responde con seriedad otras preguntas: coloca el cine y la literatura en un nivel semejante de escape y autoconocimiento; se describe como un “gordito de corazón”, y asegura que la vida, si no es divertida, no tiene sentido. Deja en blanco los espacios correspondientes a política y mujeres (“Vamos a brincarlos ésas”). Sobre el amor: “Habría que oír una canción de Arjona: él es muy bueno para definirlo.” Sin embargo, en algún punto su respuesta fluye con un extrañamiento y una sorpresa naturales, como si en el fondo él tampoco hubiera dejado de cuestionarse: “Supongo que el amor es lo único que sabemos hacer... realmente.” Confiesa, con una mirada a ratos vaga, que lo que lo llevó a la actuación fue “haber estado ahí”, pertenecer al mundo del teatro, mucho más ameno que la escuela, y contar con el apoyo de su crítico más duro, su padre, quien, más que

negarle las cosas, siempre le ha dado su opinión.

Su respuesta más larga y reflexiva es sobre la obra de teatro que lo llevó a Morelia, *Festen* [*La celebración*], de gira por la República después de haber cumplido cien funciones en el Distrito Federal. En la obra, Diego Luna interpreta a Christian, quien, en el cumpleaños número sesenta de su padre, habrá de revelar un secreto que, a pesar de que le arruinará la vida a los invitados, no impedirá que la fiesta continúe: “Los mexicanos nos sentimos identificados. Pase lo que pase, hacemos *reven*: celebramos a los muertos, a los vivos, a los que están en coma... Eso provoca un eco con el público, al tiempo que es universal porque habla sobre la familia, la mentira, la falta de comunicación entre padres e hijos.”

“Huy, qué bien”, es el comentario de la reportera. Con lo que nos queda claro que ni el guión ni la improvisación evasiva son siempre una salida afortunada. Hacia el final de la entrevista, los papeles se invierten:

—¿Vas a ir al teatro?— pregunta Luna.

—Sí...

—¿Ya tienes tus boletos?

—Sí...

—¡A verlos!

Otra vez nerviosa, la reportera explica que quien los tiene es el productor y que no puede mostrarlos por ser el mismo que carga la cámara. Parece que a Luna le divierte desarmar al enemigo.

En la capital michoacana, la venta de entradas para *Festen* no ha sido buena: después de acumular 240,000 pesos en una semana en otras ciudades del interior de la República, en los últimos cuatro días la venta anticipada ha reunido apenas diez mil. Las

causas posibles, aventura Luna, son que algún empresario haya comprado la función entera y asuma el riesgo de vender los boletos al doble de precio, o que algún partido político, que tenga un arreglo previo con el teatro para no pagar impuestos, esté enojado: “A alguien le caímos gordos: eso es un hecho”, insiste. Cancún, la próxima parada, registra un fenómeno similar, aunque en ese caso Luna lo atribuye a su amistad con Lydia Cacho, desde cuya asociación tiene programado conceder entrevistas a la prensa local. Previo a Morelia, la obra se presentó en Puebla, con “teatro atestado”:

- ¿Estuvo el *góber*?– pregunta alguien.
- No, andaba de viaje. Pero fueron su esposa y sus hijas.
- ¿Y cómo estaban?
- Preciosas– bromea Luna.

En el timbre del celular de Diego Luna se escucha el tema de *Chávez*, que interpreta Lupe, ex vocalista de Bronco, y entonces atiende una entrevista radiofónica en la que lo primero que le dice el conductor es: “¿No que no venías a Morelia?” Después, alguien le informa que no se están vendiendo boletos en el Teatro Morelos. Se vive una atmósfera en la que todo alimenta la conspiración. Una llamada posterior aclara que la taquilla está cerrada por ser la hora del almuerzo y, entonces, lo que sigue es analizar la coyuntura: no sólo se celebra el Día del Odontólogo, también el del Empleado Público Federal. Hacia las tres de la tarde, los últimos informes hablan de una venta de un poco menos de la mitad para la primera función y de entre sesenta y setenta por ciento para la segunda.

Enfilamos al restaurante Girasoles, en el centro de la ciudad, donde tendrá lugar una comida con Alejandro Ramírez, presidente de Organización Ramírez y miembro del Consejo Honorario de “Ambulante”, la gira de documentales que Luna preside al lado de Gael García Bernal y el productor Pablo Cruz, que también viaja con nosotros. Van con nosotros igualmente Cuauhtémoc Cárdenas Batel, hermano del gobernador, vicepresidente del Festival Internacional de Cine de Morelia y miembro del Consejo, y Elena Fortes, directora general. Todos tienen previsto dar una conferencia de prensa a las cuatro de la tarde.

Desde la camioneta podemos ver una veintena de personas a las afueras del Teatro Morelos, la mayoría de ellas adultos mayores. Dudoso que se trate de público de la obra, concluye Luna con serenidad: “Otra es que en realidad Morelia no quiera ver *Festen*.”

MORELIA, 14:30.

COMIDA EN EL RESTAURANTE GIRASOLES.

Ramírez Magaña, director de Cinépolis, el emporio de exhibición cinematográfica más poderoso del país, aguarda en una mesa alargada, dentro de un salón cuyas ventanas miran hacia la Calle Real –o Avenida Madero, vaya. Lleva una exquisita chamarra de gamuza clara. Ya en la mesa, la preocupación por la

taquilla disminuye; la tónica que impera es alegre, desparpajada. Lo primero que asoma es el tema del narcotráfico: Cuauhtémoc Cárdenas Batel reconoce que la presencia del Ejército ha devuelto cierta tranquilidad a Morelia, y cuenta el caso de un municipio en la Tierra Caliente donde, ante la fuerza del narcotráfico, el mismo presidente municipal había hecho mutis.

–Qué locura– comenta Luna.

–Pero ya regresó, ya hay autoridad –aclara el hermano del gobernador.

Ramírez refiere el caso de un grupo de narcotraficantes llamado “La Familia”, que se caracterizaba por dejar junto a sus víctimas leyendas que rezaban “Por bocón” o “Por tragón”, y que publicó un desplegado en *La Voz de Michoacán* en el cual advertía que estaba protegiendo al Estado de otros narcos “que promovían drogas más *beavies*, como el *ice*”, una suerte de limpia de imagen para “congraciarse con la sociedad”.

Al fondo suena una versión del *Carnavalito*. Llegan los platillos. Luna retira del suyo la guarnición de aguacate. Una cosa lleva a la otra y en breve la charla gira en torno a la boda de la hija de Jorge Hank Rhon, presidente municipal de Tijuana, en la que cantó Luis Miguel, y la ocasión en que le ofreció a Diego Luna beber un mezcal que, en lugar de gusano, tenía una cría de boa constrictor al fondo de la botella. Lo que sigue es un anecdotario de excentricidades de los políticos mexicanos encabezado por Ramírez, cuyo agudo sentido del humor dota la comida de un aire jocundo: desde las veces en que Sari Bermúdez, antigua titular de Conaculta, dedicaba unos minutos de su agenda para pedirle al dueño de Cinépolis que le “renovara” la membresía a su sobrino de Metepec, hasta la actitud sobrada del ex canciller Luis Ernesto Derbez en sus giras por Europa. Y su información se antoja de primera mano: él fue quien quedó a cargo de la representación de México en la OCDE en París una vez que Carlos Flores, su ex jefe, se vio envuelto en el escándalo del “Embajador Dormimundo”.

De pronto, cualquiera de estos relatos adquiere un tremendo potencial para ser llevado a la pantalla a través del documental. La sucesión de carcajadas es inevitable, estruendosa, hasta que Pablo Cruz mira el reloj y comenta: “Ya casi son las cuatro”.

MORELIA, 16:00.

CONFERENCIA DE PRENSA SOBRE “AMBULANTE”.

Nos dirigimos al hotel en que se llevará a cabo la conferencia de prensa. A nuestro paso, los transeúntes que caminan distraídos detienen el paso, se dan la media vuelta, se secretan entre sí, sonríen a sus anchas y varios se abalanzan cuando descubren al actor. En ese momento cobra sentido lo dicho por Carrie Bradshaw, protagonista de la serie *Sex and the City*, en el sentido de que existen en el mundo hombres guapos y feos, ricos y pobres, altos y bajos... y estrellas de cine.

Unas horas antes, Luna había recordado el reencuentro

Rose Mary Espinosa

que tuvo en Puebla con un antiguo maestro, el cual lo invitó a comer a su casa y en el trayecto comenzó a inquietarse porque toda la gente se volvía a mirarlos. “Pinche, Diego –le dijo– yo no te conocía así.” El colmo fue que, una vez que llegaron a su destino, había un grupo de cincuenta alumnos de la escuela de enfrente, listos para tomarse la foto. “Por favor, díles que no vives en Puebla, güey. Aprecio mucho mi independencia.”

De hecho, una de las búsquedas de Luna al realizar el documental de Julio César Chávez (en el que invirtió ocho meses de seguimiento del pugilista y nueve más de edición) consistía en retratar, más que al boxeador, al ser humano que libra una batalla diaria consigo mismo, especialmente por lo que se refiere a cómo la fama “crea personajes” que después es muy difícil sostener:

–Se trata de ver ese otro lado, de entender que la gente que es buenisísima para hacer una cosa, igualmente tiene problemas para todo lo demás. Julio César fue un mago con los puños, que triunfaba en cualquier situación, contra quien le pusieran, así estuviera dos pesos arriba de él. Bien, eso te sirve para una cosa. ¿Y luego todo lo demás?

Realizar el documental ha fungido como un juego de espejos para el propio Luna: el poco tiempo, el ruido y “todas las moscas que atrae el éxito”.

–¿Eso mismo te pasa a ti o estás más alerta?

–Me pasa por etapas. No podríamos hacer esto si estuviera filmando. Ahí tienes que estar solo, con tus obsesiones. Las maneras de encontrar al personaje y encontrarte en él hace que te vuelvas solitario, raro. Es un proceso más introspectivo que el del teatro.

Amenaza con llover y la conferencia de prensa está prevista en un patio virreinal sin techo. Los reporteros y estudiantes que esperan a los organizadores hojean la revista *Ambulante*, que contiene sinopsis y reseñas de los treinta documentales, y cuya primera página muestra una imagen de Diego Luna con la camisa abierta y un pie descalzo: “Su mejor recuerdo, la primera vez en el escenario; su vida, estar enamorado; su tarjeta, American Express.” Mitad en serio, mitad en broma, el productor Pablo Cruz calculó que, irónicamente, mientras Diego Luna trabajaba en esta campaña publicitaria, su nombre se barajaba entre los integrantes del comité de resistencia pacífica del plantón de Andrés Manuel López Obrador en el 2006. Al menos a mí me consta que una tarde también lluviosa de julio y desde la explanada de Bellas Artes, se le mencionó después de Jesusa Rodríguez, Regina Orozco, Héctor Bonilla, Daniel Giménez Cacho, Dolores Heredia, Isela Vega y

Elena Poniatowska, y generó la mayor ovación.

Pocos minutos después de las cuatro, los ponentes ocupan sus lugares. Es el segundo año de la gira y los días de proyección en las salas del Distrito Federal auguran un éxito muy superior al que tuvo la emisión previa. De hecho, el día que siguió a la conferencia de prensa inaugural, la página de internet recibió más visitas que el total de las de la emisión anterior.

Arranca Luna, para quien está claro que el público ya demostró su interés en ver un cine distinto:

–El documental va a llenar ese espacio que no llenan las películas de ficción y los grandes estudios: un espacio para un cine más inteligente y real, para una propuesta más personal... Ya sentí las gotitas– comenta y se apresura a concluir, consciente de que la chamarra de Alejandro Ramírez “se echa a perder si se moja”.

La mayoría de la concurrencia permanece donde está; muy pocos corren a resguardarse bajo el techo. Pablo Cruz convoca al público a inscribirse en el taller de posproducción documental que impartirá Samuel Larson, y es

Ramírez quien asegura que la gira exhortará a las personas a tomar la cámara y contar historias sobre lo que los rodea o los inquiete. Luna vuelve a tomar el mando durante la sesión de preguntas y respuestas. Se le inquiera por qué casi no hay producciones mexicanas y él responde: “Mexicano o no mexicano, el chiste es encontrar qué nos identifica con otros países y cineastas en el mundo, qué historias nos cuentan cosas de nosotros, por más que no sucedan aquí.” Le preguntan por

qué hay temas más recurrentes que otros y él contesta que, si hay algo que predomina en los documentales, es el tono: el poder de inmediatez y realismo. Se le cuestiona si “*Ambulante*” considera para el futuro las producciones de realizadores indígenas, que a la fecha enfrentan restricciones para exhibir su material, y él, aunque celebra la posibilidad, reconoce que el proyecto “no tiene el tamaño suficiente para traer todo el cine documental que uno quisiera ver en la pantalla”.

Sus respuestas han sido puntuales, frontales, por momentos meticulosas, y la chamarra de Ramírez está a salvo. Ahora debe atender un par de entrevistas en la oficina de Cuauhtémoc Cárdenas Batel. Una vez que termina le pregunto cuándo viste de *Ermengildo Zegna*, toda vez que en otoño de 2003 fue la imagen publicitaria del diseñador italiano:

–Esto no es *Zegna*– ironiza, mientras le da un suave jalón a la chamarra que lleva puesta: es verde, como su camiseta, y holgada, como los jeans. –Eso fue hace mucho tiempo. Si acaso tengo uno o dos trajes...

Para el actor, la situación del cine en México está orillando a producir sin ser productor, a dirigir sin ser director: “Por la parte de la industria, todos somos primerizos”

Sobre una mesa antigua de madera sólida reposan refrigerios y licores. Luna toma una botella de agua. Desde el primero de enero no consume alcohol, carnes rojas ni medicamentos, como parte de un proceso de desintoxicación integral por cincuenta días. Es el tercer año que lo hace:

—No es lo mismo despertarte con una cruda de tequila que levantarte con la lucidez que genera el hecho de que tu organismo esté utilizando la energía en lo que la tiene que utilizar. La concentración se da más fácil.

“Ambulante” promete caminar por sí solo. La proyección del documental de Chávez está a la vuelta de la esquina. ¿Por qué es tan alta la apuesta por este género? Insistir en el tema parece ser algo que no cansa ni exaspera a Luna, en parte porque, en comparación con el cine comercial, donde la historia deja de conmover cuando los hilos se sienten, “aquí no hay artificio alrededor”. Pero, sobre todo, significa una gran vía para que los directores encuentren su voz:

—Equivale a exponerte, confrontarte con lo que *tú* eres, con las historias que *tú* quieres contar, con tus miedos, con los viajes que tienes en la cabeza: eres tú. Es mejor que cualquier sesión de psicoanálisis.

Vamos de regreso al hotel, antes de que Luna se prepare para las funciones de *Festen*. Para el actor, la situación del cine en México está orillando a producir sin ser productor, a dirigir sin ser director:

—Por la parte de la industria, todos somos primerizos.

Se hace una pausa. Cae la tarde y el centro de la ciudad despliega una iluminación muy tenue. Luna se vuelve hacia la ventana de la camioneta y exclama:

—¡Qué bonita es Morelia, chingao!

MORELIA, 20:00. DOBLE FUNCIÓN DE FESTEN.

A lo lejos se escucha la música de una orquesta en vivo. Quedé de verme con Luna a las seis y diez en el *lobby* del hotel para acompañarlo al teatro. Hago tiempo en el restaurante. En una de las mesas, Diana Bracho conversa con parte del elenco de *Festen*. Después llega Mónica Dionne, que se une a la plática. El mesero me pregunta si espero a alguien.

—A un actor.

—¿A quién, a Brad Pitt o a Tom Cruise? —bromea.

—A Diego Luna. ¿No lo ha visto?

—Acaba de hablarme para decirme que ya viene para acá —responde, entre risas, y se aleja.

Lo distingo a distancia y lo alcanzo. Nos encaminamos, junto con José María Yazpik, al teatro. Su llegada produce alboroto. Varias jóvenes se congregan a su alrededor para tomarse fotos, primero en grupo, después una por una. La mamá de una de ellas me pregunta que a quién interpreto en la obra, mientras, a unos metros de distancia, un joven me sonríe insistentemente: los ecos del estrellato a mi alcance. Nos adentramos de súbito en el teatro por una de las puertas traseras y el jovencito se las ingenia para entregarle a Luna la copia de un guión. No era conmigo.

Un gafete de producción es la puerta a la invisibilidad. Me coloco el de *Festen* y es como si me hubiera puesto la capa de Harry Potter: Puedo entrar y salir del escenario, asomarme a los camerinos, recargarme en el umbral de alguna puerta mientras observo a Bracho hablar por teléfono o a Yazpik caminar de un lado a otro, recitando los diálogos de su personaje. Al fondo, afuera del teatro, se escucha un escándalo.

Salgo a la calle y veo que en el auditorio contiguo tiene lugar el ocaso de una gran fiesta con motivo del Día del Empleado Público Federal. Está por anunciarse el ganador de un automóvil *Chevy*. De vuelta en el teatro, el público se queja de que no hay estacionamiento suficiente, a pesar de que el recinto no está lleno.

Tercera llamada. Gracias a las prerrogativas de la invisibilidad, observo la primera función desde varios ángulos, de pie o sentada en alguna butaca o sobre un escalón, y la segunda, tras bambalinas.

Allí, desde el *backstage* y en calidad de polizón, las salidas de escena son como los recesos en que los boxeadores escuchan a su entrenador antes de regresar al centro del ring. Un técnico me jala del brazo cada que va a entrar o salir un actor, especialmente cuando se suceden las entradas intempestivas de Luna y Yazpik. Arriba, al nivel del escenario, hay algo inquietante para el que siempre ha visto el teatro desde la butaca: las sombras de los actores se ven proyectadas sobre el suelo: son de carne y hueso, como nosotros.

Por lo que puede verse, al público moreliano le provocan las escenas más vehementes y violentas, los gritos, los golpes y las groserías. He sido advertida de que el personaje de Yazpik, a pesar de su misoginia y racismo, suele desatar la risa entre el auditorio. Y el de Morelia no es la excepción. De hecho, según Luna, la únicas salvedades han sido Chihuahua y Ciudad Juárez, donde el público permaneció silente y atónito, al grado de que al final de una de las funciones un hombre se acercó lo más que pudo al escenario para gritarle al elenco: “¡Huevos!” En Morelia no pasa nada sensacional: una ovación y todos a casa. En el vestíbulo, la gente alaba las actuaciones y reconoce el salto que da el personaje de Luna del primero al segundo acto.

En cuanto a la inquietud por la falta de público, al final se reveló que las dos funciones de *Festen* recabaron el mayor número de entradas en relación con todas las exhibiciones de